

Georges Picard

# Piensa como quieras

Traducción de  
Lluís Maria Todó

ediciones del  
**subsuelo**

Barcelona 2023

Título original: *Penser comme on veut*

© Éditions Corti, 2014

© de la traducción, Lluís Maria Todó, 2023

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2023**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

[www.edicionesdelsubsuelo.com](http://www.edicionesdelsubsuelo.com)

ISBN: 978-84-126572-1-0

Depósito legal: B 9588-2023

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

## El pensamiento diletante

Este libro no es un tratado de filosofía. En él, el autor piensa como quiere sobre el hecho de pensar como cada uno quiere. Un diletantismo que acaso defina una especie de anti-programa, a menos que consideremos que la negativa a articular artificialmente las ideas más allá de la simple coherencia constituye ya una opción programática. Cuando Stendhal recorre Italia o Francia al azar de su inspiración, divagando sin cesar, cuando Montaigne da vueltas alrededor de un tema anunciado, abordándolo apenas, sus pensamientos ganan en espontaneidad lo que pierden en método, para fastidio o delicia de los lectores, según su temperamento. En el ámbito de las ideas abstractas, Valéry prefiere las chispas al fuego que cuece. Algunas mentes odian la improvisación, otras disfrutan con ella. Leemos como pensamos: metódicamente o abriendo las páginas al azar. En ambos casos permanecemos fieles a lo que somos. Por mi parte, muchas veces me ha sorprendido ver cómo mi pensamiento saltaba a un lado cuando yo habría deseado mantenerlo en la línea de un razonamiento. Entonces es cuando me culpo por no pensar como es debido. Después me resigno, alentado por una máxima de Alain extraída de uno de sus *Propos*: «La regla de pensar como es debido es pensar como uno quiere». Parece que aquí se apela un poco a la voluntad: en realidad uno piensa más bien como puede. Pero pese a cierta impotencia, cuando se trata de respetar las reglas restrictivas de la exposición y la lógica, yo creo que es más

bien agradable dejar que el pensamiento vague, sin perderlo totalmente de vista. Así, podríamos distinguir entre un pensamiento diletante y un pensamiento de potestad: este presentaría todos los atributos de la tesis, mientras que el primero no quiere demostrar nada y prefiere desarrollarse en espiral alrededor de un tema dado.

Pascal impone al hombre el deber de «pensar como es debido», es decir, según el orden metafísico («El orden del pensamiento es empezar por uno mismo y por su autor, y por su fin.»). Para Descartes, pensar como es debido es pensar según el sentido común y las reglas del método. Pero la naturaleza humana parece reacia a tan austeros tratamientos. Los instintos y las pasiones se adaptan a un pensamiento itinerante, aleatorio, amasado de imaginaciones y fantasmas. La mayor parte de los moralistas lo han subrayado para lamentarlo. El caso es que pensar como es debido es pensar como los que piensan como es debido, en nombre de un interés superior, racional, ideológico, político, religioso... Muchas veces uno prefiere equivocarse a su manera antes que tener razón a la manera de todo el mundo. Sin ese deseo irreprimible de ir a la contra del «pensamiento como es debido», el pensamiento en sí se detendría, bloqueado en dogmas, fijado en principios desvitalizados. Los vagabundeos y los errores son impulsos indispensables para mover el edificio de los saberes y las creencias: simbolizan el riesgo de pensar. Incluso la estupidez aporta una especie de advertencia a un mundo en el que nos gustaría tener respuesta para todo. La estupidez ofrece a la mente un espejo en el que se refleja el miedo primario a la regresión al estado animal, recuerdo de nuestras pulsiones destructoras y

nuestra sed de anarquía. No obstante, hablar sin pensar y proferir bobadas tal vez sea menos nocivo que decir cosas absurdas, y legitimarlas con la reflexión. En este último caso, lo que decimos se graba en el mármol del razonamiento o de su apariencia, mientras que la bobada espontánea se evapora apenas formulada. Es un pensamiento erróneo y distraído, tan común, que los que se creen exentos de él delatan automáticamente su inevitabilidad. Por supuesto, podemos discutir hasta el infinito sobre las nociones de absurdo y estupidez, y empeñarnos cada uno de nosotros en trazar sus fronteras intelectuales protectoras. Pronto queda claro que este debate infinito necesita definiciones, pero que estas no tienen consistencia si no es en el interior de ámbitos precisos; en lógica, una estupidez no tiene el mismo sentido que en psicología. En lo tocante a las conductas humanas, al amor y las pasiones en general, la estupidez no necesita definición, se paga al contado, ya sea al por mayor o al por menor. Muchas veces no es más que una palabra multituoso para envolver una nebulosa de ideas sin madurar del todo, que con un desarrollo hipotético podría proporcionar algo poderoso. La estupidez en literatura, por ejemplo. La poesía flirtea gustosa con la estupidez, sabiendo que desde Lautréamont no existen imágenes estúpidas. La eyaculación lírica no admite la alternativa entre ser o no ser inteligente: la poesía reivindica el derecho a hacer girar el pensamiento sobre sí mismo, hacerlo bailar, excitarlo hasta el vértigo de decir tonterías diciendo lo esencial. O decir poco, tímidamente, trivialmente, *tontamente*, soltando puñaditos de palabras. Ese expresar un estado privilegiado de la realidad, despegado del desastre universal, es un arte. En él, el

## PIENSA COMO QUIERAS

pensamiento se refleja sin ser reflexión. El poema lo captura como la palabra puede capturar el silencio cuando es perfectamente adecuada y calibrada. Es posible que a eso nuestro mundo ya no lo llame pensar.

## Verdad o vitalidad

El riesgo de arbitrariedad del pensamiento errante se compensa con su vitalidad. Muchas veces me he preguntado si nuestros «grandes pensadores» creían sinceramente en los sistemas y las tesis que defendían, antes de convencerme de que su creencia apuntaba no tanto a las ideas en sí cuanto al valor dinámico de su pensamiento. De joven, estaba ofuscado por ese escepticismo intelectual. Y es que, si la verdad no está en el contenido sino en la vitalidad del pensamiento, entonces ya no es la verdad. Desde hace décadas, los filósofos han asumido más o menos la fatalidad de la no-verdad filosófica. Si no lo reconocen es porque la mayoría todavía siente la nostalgia de aquella vieja quimera de una filosofía que revelara el fondo de las cosas, es decir, el sentido de la vida y la última palabra del Ser. ¿Cuántos de ellos aceptarían considerarse *simples* artistas del pensamiento? A mi parecer, no son más que una especie particular de escritores. Y eso no tiene nada de peyorativo, pues desde cierto punto de vista, se puede preferir el arte a la verdad. Más allá de ilusiones positivistas, la coherencia se hace relativa, la contradicción aceptable; el humor conceptual y estilístico se destaca como marca propia del pensador. Así, se puede vivir con unas ideas en las que solo creemos *moderadamente*.

Quien pretenda pensar como profesional, juzgará irrisorio ese relativismo. Yo mismo tal vez conservo la nostalgia de una filosofía positiva, fundada en un sistema de ar-

gumentos basados en la solidez de las demostraciones. Es cierto que las pruebas abstractas hace tiempo que nos hacen reír. Los pensadores clásicos tuvieron que abandonar la escolástica y replegarse en orden disperso hacia el reino de las intuiciones, primer síntoma de incertidumbre en un ámbito en el que quien menos sabía más catequizaba. El tiempo del pensamiento titubeante y poético, revitalizado por Nietzsche y ritualizado por Heidegger, precedió a la era de los pensadores postmodernos, teóricos intrépidos, pero arbitrarios, geniales y presumidos. Con tan prodigiosos malaristas, la filosofía se consagró a los juegos con la mente y con el lenguaje, sin renegar de su función dogmática. Sin embargo, basta con hojear a Lacan, Foucault, Derrida, Deleuze o Baudrillard para saborear unos enigmas de pensamiento irresolubles, más enérgicos en su movimiento creativo que convincentes teóricamente. Lo que encontramos en sus textos no es la verdad, ni siquiera verdades, sino ideas brillantes, originales, sugerentes, organizadas y propulsadas por temperamentos. Solo lo abstracto de su andadura y una preocupación por la coherencia los distinguen de los pensadores literarios.

Sus continuadores mantienen apasionadamente la esperanza de tender puentes hacia una verdad postulada. Los podemos comprender. Aunque el positivismo, en su expresión ingenua, tuviera larga vida, pensar sin creer en la existencia de la verdad no es tolerable humanamente, digan lo que digan los pirronianos más encarnizados. Por más que relativicemos esta noción, que desde siempre justifica el conocimiento y guía la racionalidad, por más que la consideremos sospechosa incluso en las ciencias, sigue estando en

el horizonte de todo pensamiento. Desde luego, la verdad no es una; es incluso un abuso manejar con tal ligereza semejante carga de ilusión. Pero la dificultad no se salva poniendo la verdad en plural. Eso no es más que un juego de manos que esconde el profundo impulso del intelecto, que siempre quiere unificar su objeto. Si la lectura de los clásicos nos procura tanta satisfacción es porque, contrariamente a nosotros, ellos creían en una forma universal de Verdad, Bien y Belleza. Semejante temeridad nos tranquiliza, nos proporciona la coartada ideal para permitir que sobreviva en nosotros, sin falsa vergüenza, una aspiración secreta e imposible de confesar.

Es probable que la idea de una verdad última no tenga ningún sentido, que no sea más que una proyección idealista de nuestra mente angustiada. También podríamos replicar que se trata de un producto heurístico del conocimiento, destinado a indicar una dirección. La Verdad no existe, pero la idea de Verdad nos motiva. La Historia, en sentido hegeliano o marxista, tampoco existe; sin embargo, planea como un superego sobre los partidos y los individuos comprometidos en una acción de largo alcance. Tenemos necesidad de esas ficciones; sin ellas tendríamos que asumir la precariedad, incluso lo absurdo de nuestra naturaleza de seres pensantes. En un grado más efectivo, las leyes físicas del universo quizás también funcionen como una especie de artificios superiores.

Yo me inclino por una concepción desencantada pero dinámica del pensamiento, apoyada en quimeras estimulantes. Los teóricos que pretenden hacernos creer en la *necesidad* de las ideas que defienden, cuando dichas ideas

son a lo sumo juiciosas u originales y por ende arbitrarias, juegan con nuestra credulidad de lectores sedientos de hermosas historias. «Mis pensamientos son mis fulanas», decía el Sobrino de Rameau, dando a entender así que no quería compartir toda su vida con ninguna de ellas. El goce de pensar no implica fidelidad eterna a las propias opiniones. Tomamos las ideas como vehículos para ir de un sitio a otro: lo esencial es el itinerario, que mantiene el espíritu con una frescura siempre a punto de dejarse sorprender por la novedad. Tradicionalmente, el pensamiento occidental prima la coherencia formal y la lógica, para destacar la viabilidad del pensamiento filosófico. Esta pasión por el encadenamiento a veces se ha llevado hasta la desmesura. Ello nos ha procurado construcciones intelectuales de un ropaje magnífico y una gratuidad igualmente magnífica. Con ello me refiero al hecho de que la mayor parte de los grandes sistemas dogmáticos vuelan muy alto girando sobre sí mismos, muy por encima del pensamiento vivo. La sensibilidad moderna los ha relegado a un rango patrimonial y universitario. No creo que las teorías modernas escapen a ese destino, aunque su ambición parece más modesta.